

HOMILÍA, MISA POR CARMEN LAFORET. Iglesia San Francisco de Borja, 31-2-2004. Julio Sánchez

Permítanme que les manifieste una experiencia personal que me ha vinculado a Carmen Laforet durante mi vida, aunque nunca llegué a conocerla personalmente. Estudiaba el quinto curso de bachillerato en el colegio “Corazón de María”. Como texto de Historia de literatura teníamos el de Guillermo Díaz-Plaja, magnífico por su globalidad, ya que abarcaba todos los géneros literarios partiendo desde las más antiguas literaturas orientales hasta la contemporánea, y admirable por su composición sintética y lenguaje didáctico. En el capítulo de la novela contemporánea española, tiene un apartado titulado “Retorno al naturalismo. Los tremendistas”. Y comenta el autor: “La característica fundamental de la novela contemporánea en España es la del análisis de los aspectos más crudos de la realidad; la que rodea al novelista (Nada, de Carmen Laforet, 1944), o la que se inventa, acumulando lo áspero y lo desagradable (La familia de Pascual Duarte de Camilo José Cela, 1942)...Este modo de abultar los aspectos negativos de la existencia se denomina tremendismo, y se caracteriza, en el aspecto espiritual, por un desolador pesimismo”.

Sentí curiosidad, mejor necesidad, de conocer la cruda realidad narrada en estas novelas, que yo ignoraba, especialmente “Nada”, cuyo título ya era sugerente por sí mismo. Fue la primera novela que yo leí. Tenía quince años. Aquella lectura marcó mi vida y mi visión sobre la existencia. Sobre todo, eran tremendamente desoladoras las impresiones más íntimas de Andrea, en los últimos días de aquel año fatídico de su estancia en la casa familiar de la calle Aribau de Barcelona. Dice Andrea.

“Me parecía que de nada vale correr si siempre ha de irse por el mismo camino, cerrado de nuestra personalidad. Unos seres nacen para vivir, otros para trabajar, otros para mirar la vida. Yo tenía un pequeño y ruin papel de espectadora. Imposible salirme de él. Imposible libertarme. Una tremenda congoja fue para mí lo único real en aquellos momentos.

Me estaba dando cuenta yo, por primera vez, de que todo sigue, se hace gris, se aruina viviendo. De que no hay final en nuestra historia hasta que llega la muerte y el cuerpo se deshace...

Bajé las escaleras despacio. Sentía una viva emoción. Recordaba la terrible esperanza, el anhelo de vida con que las había subido por primera vez. Me marchaba ahora sin haber conocido nada de lo que confusamente esperaba: la vida en su plenitud, la alegría, el interés profundo, el amor. De la casa de la calle Aribau no me llevaba nada.”

Mucho se ha escrito en los días posteriores al fallecimiento de Carmen acerca de su narrativa, resaltándose sobre todo el estudio psicológico de los personajes femeninos y la descripción de la Barcelona de los años cuarenta que ambienta la novela. Con todo, hay un argumento profundo que mueve el devenir de los seres humanos que coexisten, más que conviven, en la casa familiar y en aquella ciudad, traumatizada por la guerra civil española. Se trata de la filosofía existencialista que planteaba una nueva visión del mundo y de la vida. Con Sartre y Camus esta filosofía llegaría a su máximo apogeo e influencia, pero que estaba formulada claramente por Heidegger. Este había definido al hombre como “un ser para la muerte”. No cabe duda de que Laforet en Nada está

imbuida de este pensamiento. El existencialismo daba una respuesta pesimista, a veces nihilista, a la permanente pregunta que los filósofos y teólogos de todos los tiempos y culturas se han planteado: ¿de dónde venimos? ¿a dónde vamos? ¿qué sentido tiene la vida?

Sesenta años después de la publicación de Nada, nos seguimos haciendo las mismas preguntas, aunque debemos reconocer que con menor insistencia y frecuencia. La actitud pasotista y el disfrute de las cosas y del momento, intentan soslayar las grandes preguntas del hombre, aunque la tozuda realidad del mal y de la muerte nos remiten inexorablemente a las mismas.

Laforet no respondió a estas preguntas...Sólo las dejó formuladas...¿Tiene sentido la vida? ¿Todo es vaciedad? ¿La existencia es la Nada? Job experimentó la vaciedad de la existencia, como hemos escuchado en la primera lectura y el mismo Jesucristo en la Cruz se sintió abandonado por todos, incluso por su Padre Dios, aunque supo reaccionar inmediatamente, poniéndose en sus manos: “¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!”

Las situaciones de desesperanza y nihilismo son resueltas por los creyentes desde la fe y la esperanza. Ante la nada que, a veces, ofrece el mundo, la fe nos otorga el Todo que es Jesucristo. Y ante un horizonte de muerte, la esperanza cristiana nos promete Vida eterna. Pero, para todos los hombres, creyentes o no, o simplemente agnósticos, el punto de encuentro es el amor, que desinteresadamente nos empuja a luchar por un mundo más justo. El amor al prójimo da sentido a la vida, transformando el pesimismo de la nada en la razón de nuestra vida. Jesucristo luchó y murió por la causa del hombre, por los valores de la fraternidad y de la humanidad. Es lo que celebramos en la Eucaristía. Carmen Laforet permanece entre nosotros. Los creyentes rezamos por ella. Todos tenemos presente su vida, su pensamiento y su legado literario